

el mundo esperaba, ni el tormentoso trueno de la *Marsellesa*.

Me aproximé á la guillotina, que se alzaba con lentitud. Un caballero de fisonomía agradable, pelo rizado y sombrero flexible de color gris, un abogado (si no me equivoco), estaba cerca y discurría con vehemencia, adelantando con ademán monótono la mano derecha con el índice separado, llevando el compás de arriba á abajo; á cada movimiento doblaba las rodillas, como abrumado por el peso de sus convicciones. Quería probar á otros dos caballeros, que estaban junto á él, que Troppmann no era un asesino, sino un maniático.

—¡Un maniático! ¡Se lo probaré á Vds.! ¡Sigán Vds. mi razonamiento—gritaban;—su móvil no era el asesinato, sino un orgullo que no tengo inconveniente en llamar desmedido!... Sigán Vds. mi razonamiento...

Los señores de gabán seguían su

razonamiento; pero, á juzgar por sus fisonomías, no estaban persuadidos. Y el obrero que armaba la guillotina le contemplaba de arriba á abajo con un desprecio no disimulado.

Entré nuevamente en el despacho del director.

## V

Varios de nuestros «amigos» estaban ya reunidos allí de nuevo. Nuestro amable huésped hizo darnos vino caliente.

Troppmann continuaba siendo el único tema de la conversación. Nos preguntábamos qué debía de experimentar á aquella hora; si el barullo de la calle subía hasta su retirada celda, á pesar del antemural de gruesas paredes que había por medio; si seguía durmiendo...

El director nos enseñó un montón de cartas dirigidas á Troppman y que el reo se negaba á leer, según nos aseguró nuestro huésped. La mayor parte de esas cartas estaban llenas de ducharachos triviales ó de bromas. Un pequeño número de ellas contenían serias consideraciones y le conjuraban á que confesara su crimen y se arrepintiera; un pastor metodista le enviaba toda una disertación teológica de veinte páginas. Había allí esquelas de letra de mujer, y ramitos de margaritas y de siemprevivas.

El director nos dijo también que el farmacéutico de la cárcel había remitido á las autoridades una carta, que Troppmann halló medio de hacer llegar á sus manos, pidiéndole un veneno. A pesar de la complacencia de nuestro huésped, advertí que no acababa de comprender «á qué demonio nos interesábamos por un bicho tan malo y tan ruin» como Troppmann.

A sus ojos no éramos más que curiosos de buena sociedad, *gomosos* á la husma de emociones.

Después de haber charlado un momento, nos dispersamos de nuevo. Toda la noche se pasó en vagar como almas en pena, en entrar á ver al director, en sentarnos unos junto á otros en el salón, en pedir noticias de Troppmann; luego en volver á bajar al patio para ir á la calle, y regresar al cabo de pocos minutos y reanudar la conversación acerca del reo; y así sucesivamente hasta el amanecer. Algunos de nosotros se pusieron á contar anécdotas picantes ó á comunicarse noticias personales; otros hablaban un poco de política, de teatros, ó recordaban el nombre de Victor Noir; varios trataban de bromear, de decir un chiste, pero esto no resultaba... Tales tentativas provocaban una risa forzada, que sonaba á falsa y caía á plomo.

En la primera pieza descubrí un pequeña diván y me tendí en él á mis anchas, buscando el sueño; pero no dormí, ni siquiera pude adormilarme por algunos minutos.

Hacia las tres de la madrugada entró M. Claude, sentóse y se quedó dormido. Un instante después vino á llamarle uno de sus subordinados; se levantó inmediatamente y se fué.

Por fuera, el rumor de la muchedumbre se hacía más fuerte, más denso, más continuo; la plaza contenía más de 25.000 personas. Me chocó aquel ruido sordo, y creí oír el mugido del mar cuando las olas van á romperse en la playa: ese mismo *crescendo* interminable de las olas, tan fielmente reproducido por Wagner en su música. No era una baraúnda siempre igual; había grandes tumultos, convulsiones en medio de las cuales las notas agudas de las voces femeninas é infantiles se alzaban y caían en fina

lluvia, como la espuma del choque de las olas, sobre aquel enorme zumbido. Comprendíase estar en presencia de la fuerza bruta de un elemento. Ahora se calmaba este elemento y parecía recogerse; ahora se inflaba, se levantaba, se arrojaba con un acrecentarse su furor, cual si hubiera querido tragárselo todo; luego, sosegándose por grados, se calmaba, para encolerizarse otra vez y aquietarse de nuevo, sin fatiga, de continuo, sin fin...

¿Y qué significa ese zumbido?—pensaba yo. — ¿Expresa júbilo, perversión, crueldad? No. No es el eco de ningún sentimiento humano determinado. No es más que un ruido: el estruendo de un elemento.

## VI

Hacia las tres de la madrugada bajé á la calle, acaso por décima vez.

La guillotina estaba lista.

Los dos postes, separados entre sí medio metro por la cortante hoja de acero que va de uno á otro, dibujábanse sobre el cielo oscuro, con un aspecto más extraño que horrible. Me había figurado que ese instrumento de suplicio tenía un aire más imponente; esta máquina estrecha y alta, y como estrangulada, me causaba el efecto de un cuello de cisne alargado y en acecho: una cosa siniestra sin grandeza. El pesado cesto se asemejaba á un cofre de color de sangre, y sólo me inspiró un sentimiento de repugnancia. Sabía que

dentro de ese cestón arrojaría el verdugo el cuerpo aún caliente y la cortada cabeza todavía palpitante...

La guardia municipal, que había llegado poco antes, formó un vasto semicírculo frente á la fachada de la cárcel. Los caballos resoplaban, tascaban el freno y movían á uno y otro lado la cabeza. Bajo sus patas blanqueaba el empedrado, cubierto de manchas de espuma. Los jinetes dormitaban tristemente bajo las gorras de pelo metidas hasta los ojos.

Las filas de soldados que cortaban la plaza y contenían á la muchedumbre, habíanse ensanchado, existiendo entonces un espacio de trescientos pasos delante de la cárcel, en lugar de doscientos.

Me aproximé á una fila de uniformes para observar la multitud, á la cual contenía en su perpetuo remolino. Continuaba siendo el mugido de un elemento ciego. Me acuerdo de un

granuja con blusa, un joven mocetón de veinte años; tenía la vista dirigida al suelo y se sonreía cual si pensase en cosas divertidas. De pronto echaba atrás la cabeza con brusco movimiento, abría la boca cuan grande era, y exhalaba un grito prolongado, sin palabras; luego bajaba los ojos y volvía á sonreirse. ¿Qué pasaba en el alma de aquel hombre? ¿Por qué motivo se condenó á permanecer ocho horas de pie, á estar una noche sin dormir?

Mi oído no percibía las reflexiones que se entrecruzaban en la muchedumbre. Las voces penetrantes de los vendedores de periódicos era lo único que podía dominar aquel barullo continuo.

Voceaban los títulos de libros y folletos con el relato de la vida, y hasta de la ejecución y las últimas palabras de Troppmann... De vez en cuando, aún se oían disputas, risas salvajes y agudos gritos de mujeres.

Cinco ó seis voces entonaron la *Marsellesa*; pero se interrumpían á cada instante.

La *Marsellesa* no es grandiosa, sino cuando la cantan millares de voces.

—¡Abajo Pedro Bonaparte!—gritó una voz retumbante.—¡Oh, oh! ¡Ah, ah!

El mugido iba en aumento; de pronto, se hicieron rítmicos los gritos: «Bo-na-par-te, Bo-na-par-te» con la música de los *Lampions*.

Aquel populacho reunido difundía un vaho acre; todos aquellos cuerpos habían absorbido una enorme cantidad de vino. Había muchos hombres borrachos. Las tabernas se destacaban por su alumbrado, como puntos rojos en fondo negro. La noche se había puesto muy oscura, el cielo se cubrió por completo de nubes. De los árboles, que se erguían como fantasmas, colgaban racimos de granujas que silbaban é imitaban el canto de

las aves. Uno de ellos cayó al suelo y se rompió el espinazo. Estaba herido de muerte, pero la multitud no hizo más que reirse.

Volví á entrar en el despacho del director. Al pasar por delante de la guillotina, percibí en la plataforma al verdugo rodeado por algunos curiosos; hacia «un ensayo» para aquellos señores. Tocaba el resorte de la tabla donde se ata al reo; aquella tabla llegaba hasta el agujero semilunar colocado debajo de la cuchilla. Al moverla empujándola, se hacía al mismo tiempo bajar la hoja de acero, que caía pesadamente, sin detenerse, con un zumbido sordo y rápido.

No pude asistir á aquel ensayo. No quise subir al cadalso. Un sentimiento de crimen, de secreta vergüenza me invadía cada vez más...

Quizá por eso los caballos de la guillotina, que comían en paz su celemín de avena delante de la puerta de

la cárcel, me parecieron los únicos seres inocentes entre todos nosotros.

Me tumbé de nuevo en el diván y escuché el ruido de aquella alta marea que subía sin cesar.

## VII

Como dice un adagio, la última hora de espera pasó más rápida que las demás. Nos quedamos sorprendidos al saber que acababan de dar las seis y que sólo transcurrirían sesenta minutos antes de la ejecución. Se nos anunció que dentro de media hora nos harían penetrar en la celda de Toppmann. En seguida se borraron en todos los rostros las señales de cansancio.

Ignoro lo que mis compañeros experimentarían en aquel momento;

pero á mí se me oprimió dolorosamente el corazón.

Nuevos personajes fueron introducidos, entre ellos un sacerdote, hombrecillo de pelo blanco y facciones esmirriadas, vestido de sotana, con la cinta de la Legión de Honor puesta en un ojal, y sombrero de alas anchas.

El director nos ofreció una colación; en una mesa redonda se nos sirvieron en la sala grandes tazas de chocolate. No quise ni probarlo, aun cuando mi huésped me apremiaba para que tomase algo que me confortara: «¡Es tan nocivo el aire de la mañana!»

Pero, repugnábame el comer; no era momento oportuno, y por centésima vez me repetía á mí mismo: «No tengo derecho á estar aquí.» No me parecía estar en mi puesto.

—¿Duérme aún?—preguntó alguien de nuestro grupo, saboreando el chocolate.

Nadie designaba á Troppmann por su apellido; las locuciones impersonales no podían aplicarse más que á él.

—Duerme—respondió el director.

—¿A pesar de este estrépito infernal?

El ruido se había hecho ensordecedor; era un mugido ronco; el sinietro coro no iba ya en *crescendo*, sino que entonaba triunfal, alegremente.

—Tres paredones separan la celda de la calle—añadió el director.

M. Claude, á quien correspondía el principal papel, miró el reloj y dijo:

—Las seis y veinte. Ya es hora...

Cada uno de nosotros temblaba en su fuero interno, no me cabe duda; pero nadie quería dejarlo conocer. Como si tal cosa los invitados del director cogieron uno tras otro los sombreros, y siguieron á su guía con estrépito.

—¿Dónde come V. hoy — preguntó en alta voz un cronista de periódico.

Esto pasaba de raya. Con toda evidencia: aquel indiferentismo era afectación.

## VIII

Penetramos en el patio grande de la cárcel; en un ángulo de la izquierda, junto á una puerta entornada, tuvimos que aguardar á que nos llamasen. Después nos hicieron entrar en una pieza alta y estrecha; estaba vacía, excepto un taburete cubierto de cobre y colocado en medio.

—Aquí es donde se hace el último tocado del reo—me dijo al oído M. Du Camp.

No todos nuestros amigos nos habían acompañado. Contando el comandante, M. Claude y el sacerdote, éramos diez.

Durante los dos ó tres minutos que

pasamos en aquella estancia, asistiendo á algunas formalidades de papeles, cruzó por mi mente por última vez el sentimiento de que no teníamos derecho á hacer lo que hacíamos, el sentimiento de que asistíamos con una gravedad simulada al asesinato de uno de nuestros semejantes, que todos representábamos una mezquina é ilegal comedia.

M. Claude nos hizo seña de que le siguiésemos por un largo corredor enlosado, alumbrado por dos lamparillas; y á partir de ese instante ya no supe nada, á no ser que en seguida, en aquel momento, dentro de un segundo iba á suceder algo terrible.

Después de haber subido dos escaleras, atravesado otro pasillo y bajado por una escalerilla de caracol, nos encontramos delante de una puerta de hierro... ¡*Ahí está!*

El carcelero dió vuelta con precaución á la llave dentro de la cerradura.